

Consecuencias sociales del boom petrolero en Venezuela

RAFAEL CARIAS

Desde hace cinco años se han quintuplicado los ingresos fiscales debido a los nuevos precios del petróleo crudo. La notable afluencia de dinero apenas ha influido en la producción agrícola e industrial, los servicios públicos siguen siendo deficientes. El dinero "en la calle" ha entorpecido el desarrollo; es el ya famoso "efecto Venezuela" del que hablan los economistas. En esta relación, nos vamos a fijar más bien en consecuencias de índole social, destacando el papel que juegan dos clases sociales: la nueva y pujante clase media, consumista, y la clase de los inmigrantes, que en gran número realizan actividades económicas terciarias.

La nueva clase media. Esta nueva clase procede de un ambiente pobre y austero. Su lugar de origen son las pequeñas aldeas o los modestos barrios de las ciudades. Ahora sus nombres están en las guías telefónicas, sus ingresos son substanciosos, entre 3.000 a 5.000 dólares al mes. Se les encuentra en alguna de estas denominaciones: comerciantes, constructores, profesionales, políticos, militares. Todos se afanan por hacer mucho dinero en poco tiempo para adquirir una vivienda cómoda y tener un vehículo. Estos servicios, bien remunerados, son ofrecidos principalmente a quienes pueden pagarlos. Vemos que profesionales, al olvidarse de su pasado humilde, dejan de lado a los pobres, de los cuales un tiempo formaron parte.

Los gremios de profesionales, los llamados colegios, son efectivos para defender los derechos y privilegios de los colegiados, pero no son tan diligentes cuando se trata de exigir un nivel científico en los profesionales o hacer cumplir sus obligaciones. Una baja en la moral profesional es consecuencia de la mentalidad lucrativa que impera en el país. Las construcciones no reúnen los requisitos, jueces y abogados son venales, los cirujanos practican operaciones innecesarias.

El boom petrolero ha desatado una carrera hacia la ganancia fácil, esto es, sin trabajo, y rápida. Los fiscales y supervisores son arrastrados también, y al parecer la situación es incontrolable. La "civilización" del dinero fácil y rápido es típicamente minera y tiene su modelo en las ciudades como Manaos, en

el Amazonas, que surgen alrededor de una mina.

En toda ciudad minera la tónica de la vida y conducta está determinada por aquellos que acumulan rápidamente el tesoro que ofrece la tierra y por todos aquellos seguidores, que son los mediadores del lujo y lo extravagante. La ciudad minera es febril, costosa y lujosa. Es la tierra de los aventureros, de los osados y oportunistas. El boom petrolero importa indiscriminadamente todo, desde los productos más sencillos, que se dan en cualquier país tropical, palos para escobas, maíz, garbanzos, hasta los más sofisticados instrumentos electrónicos. Comercio y minería. Especulación y derroche. Flujo de inmigrantes de diversas latitudes. Ausencia de administración, producción y planificación para no depender de la mina. La mina petrolera continuará ayudando a fortalecer la industrialización y desarrollo de otros países, menos éste. Parece que la fiebre de la mina enfermara de tal manera que ofuscará la sensatez e impediría ver el futuro.

Existen algunos mecanismos muy característicos de la civilización del dinero. Siendo más fácil comprar que producir, la creatividad y el esfuerzo por la industria y artesanía van menguando. Ejemplo notorio es la industria del pan y la cerveza. El pan no se produce en pequeñas panaderías, sino que proviene de grandes centros de producción de donde es distribuido y llevado a los modestos expendios en los barrios. Hay pereza para producir pan, se prefiere transportarlo. Hay desgano para amasar y hornear, hay demasiado impulso nomádico para empuñar el volante y conducir la camioneta con el producto. Este monopolio encañea el pan y obstaculiza el tránsito de vehículos. Igualmente, la cerveza para todo ese país es producida por un par de fábricas mamut, dotadas de una inmensa red de distribución. El monopolio cervecero impone los precios y aumenta las ganancias. La industria de la construcción de obras públicas proyectadas por el gobierno es fuente de ingresos gratuitos, conforme al esquema siguiente: el contrato inicial lo recibe una compañía "fantasma" que subcontrata a otra, ésta a su vez vuelve a subcontratar, y así hasta que el proyecto lo

ejecuta mediocrementemente el pariente pobre de las empresas. Los dineros públicos se van distribuyendo entre el "fantasma" inicial y las compañías intermedias. El papel del intermediario es poderoso, asimismo en la distribución de los productos importados, de las cosechas agrícolas y de la carne y productos lácteos.

Los intermediarios en la distribución de los rubros agropecuarios reciben el nombre de roscas, que manejan un arma de dos filos, o bien encarecen la producción nacional o bien, al amparo de la libre importación, cuyo fin sería abaratar el producto, medran utilizando contrabando de reses de Colombia y así perjudican a la ganadería nacional. En todo caso se benefician las "roscas", que al mismo tiempo acaparan la distribución de la carne del país y manejan a su gusto la importación legal o ilegal de ganado extranjero.

Los ejemplos dados hasta ahora muestran la forma de hacer negocios lucrativos con los artículos de consumo diario. El resultado es la inflación.

Donde hay dinero fácil hay, evidentemente, manera fácil de aumentarlo o perderlo. El más extendido es el juego de azar. Si el sábado en la noche es la ocasión de las fiestas y consumo generoso de licores importados, el domingo es el día del apacible quedarse en casa, siguiendo por televisión el desarrollo de seis carreras de caballos en los que semanalmente se apuestan más de 20 millones de bolívares. El llenar un formulario de la apuesta es un ritual para la gran mayoría de la población masculina del país. Grandes colas señalan los puestos donde las apuestas son "selladas" y recogidas. Este ceremonial masivo ocupa la mañana del domingo. La tarde transcurre plácidamente siguiendo el evento hípico. Al margen de las apuestas legales funcionan mercados negros de apuestas, mafias y la llamada "banca suiza", donde se colocan apuestas que perciben mejores ganancias. También el juego de lotería tiene su sombra de empresas domésticas paralelas, ilegales, pero que dan mayores dividendos. Estas loterías privadas funcionan en los barrios, y las transacciones tienen lugar en la parte más oculta de las casas. Los números premiados son siempre de dos cifras, los últimos de los premios oficiales. Hay pares

de números asociados a poderes mágicos y son los más favorecidos. El sueño, la intuición, o el carácter personal del que hace la apuesta tienen importancia decisiva en la selección de estos números terminales. En las poblaciones de origen rural, las loterías no funcionan con números, sino directamente con figuras de animales, y el soñar con alguno de éstos determina el sentido y el monto de la apuesta.

A esta nueva clase media surgida del boom pertenece el activista político. Este personaje utiliza el marco institucional y sus personales cualidades escénicas (emotividad, elocuencia) para valer de la política en provecho propio. Son los que hacen carrera política terminando por enriquecerse, cubriéndose del manto de la impunidad, ya que la crítica adversa estaría desvirtuada por motivaciones igualmente políticas. Cuando los errores son notorios, entonces el político es acogido en la esfera de las empresas particulares, y si no sirve para eso es transferido a otro cargo, preferiblemente en el extranjero. El político no muere pobre. El Estado minero lo ha enriquecido. Dentro de las lucrativas actividades de construcción hay lugar para dos nuevos tipos de políticos de alta dirigencia. Uno es el político-empresario, que es el político que no se contenta con recibir las comisiones de rigor sino que forma parte como accionista en jugosas empresas. Además está decir que sus compadres empresarios reciben los contratos públicos que ofrece la nación. Otra manera de ser político es la del empresario-político. Esta modalidad la constituye básicamente un empresario quien, para tener más apoyo del gobierno, no se contenta con subvencionar a los partidos y a los gobernantes, sino que él mismo incursiona en la política y él, o algunos de sus hombres, ocupan cargos públicos donde se toman decisiones en beneficio de sus actividades económicas. En resumen, la política como carrera está supeditada al boom económico.

En la era del boom, las instituciones moralizantes, como la Iglesia, dejan ciertamente oír su voz recomendando honradez y austeridad en la administración de los bienes públicos. Esta voz, sin ningún tipo de acción, resuena en el vacío. Se recibe respetuosamente; en su inocuidad no se le atribuye ningún sentido subversivo; y todo sigue igual. De hecho, en el mundo mediterráneo y latino, la Iglesia apenas ha tenido influencia en las cosas de la administración pública y en los negocios. Desde siglos es una Iglesia más ligada a las instituciones "natu-

rales" — familia, religiosidad popular—, que a las instituciones civiles y mercantiles. Estos oficios son puramente laicos y siempre gozaron de un fuero especial. Sus leyes no recibieron consagración en la catequesis, sino fueron miradas como "leyes meramente penales", que no obligarían en conciencia.

En el mundo latino el "oficio" no lleva consigo ningún elemento vinculante ni sagrado. Es solamente una manera de devengar un sueldo. Los negocios financieros siguen sus propias leyes internas. Una vez tolerada la usura, los negocios carecen de sanción moral. La ley eclesiástica se limita a prohibir su ejercicio a los clérigos y así los relega extraterritorialmente al dominio laico. El motivo de la prohibición no está en su cuestionable carácter moral sino en su carácter de "odioso". La moral de la catequesis es una moral privada individual. Se insiste en evitar los daños a personas concretas; el prójimo es siempre alguien concreto, un fulano de tal a quien no hay que herir o perjudicar en sus bienes. El sentido social de las leyes, el sentido del deber y cumplimiento del oficio están ausentes de la prédica de la doctrina. El bien común, será atributo del supremo jefe. La prosecución del bien común no es competencia de los particulares. Con estos precedentes históricos se comprende mejor la ineffectividad de la voz de la Iglesia, que tardamente trata ahora de moralizar en el campo de la administración pública y de los negocios. Consciente de esta ineffectividad, la teología de la liberación no juzga oportuno moralizar en estas áreas, sino influir directamente en la esfera donde se toman las

decisiones, la alta política, y se esfuerza en influir en un cambio de sistema y estructuras donde ya no tenga lugar el excesivo negociar entre particulares.

De pasada, notemos que el ethos del sudamericano es básicamente un ethos enmarcado en las relaciones de parentesco, compadrazgo y caudillismo. Dentro de ese ethos, las vinculaciones realmente obligantes son las que brotan de los intereses de consanguinidad y lealtad para con el compadre o caudillo. Las vinculaciones de servicio al pueblo o a la nación están fuera de los límites de ese ethos. Las consecuencias de esto se observan no sólo en los modestos empleados públicos y agentes del orden como los policías, sino también en quienes toman decisiones en las grandes transacciones industriales y comerciales, donde el interés de la nación es postergado.

El dinero fácil, la rápida adquisición de bienes y el ascenso súbito a un nivel social de dominio y poder adquisitivo, han desvirtuado dos características hasta ahora vigentes en el espíritu del venezolano; la sencillez y el aprecio al trabajo.

La tradicional sencillez fue producto de una historia llena de austeridad y deficiencias. La salud y la instrucción siempre fueron precarias para la generalidad de la población. Las glorias nacionales, escasamente las gestas militares de la independencia, son hechos muy lejanos. El resultado fue un venezolano nada orgulloso, admirador empedernido de otras civilizaciones. Si bien algo plácido y abandonado en sus organizaciones, estimaba, con todo, la eficiencia y el trabajo. Ahora este talante modesto ha cambiado. Provisto de una chequera que le abre todas las puertas, turista bienvenido en los centros comerciales del exterior, poseedor y manipulador de juguetes electrónicos que van desde computadoras domésticas hasta aparatos de vuelo, este nuevo venezolano de la velocidad y del consumo exquisito se ha tornado vano y arrogante. No busca la productividad y la creatividad útil, sino el entretenerse con instrumentos, el jugar con la técnica, el llenar su casa, sin ningún gusto artístico, de extravagancias exóticas, incoherentes. Superficial, nuevo tipo inculto de coleccionista, niño grande que juega y se aburre, cliente potencial de los oportunistas decadentes de otras latitudes que le ofrecen nuevas sensaciones y exóticas sesiones en clubes del más variado esoterismo, el venezolano desprecia el trabajo, lo degrada como un sinsentido en el mundo de las influencias, comisiones y dinero fácil.



El nacido en la tierra del petróleo no quiere trabajar. Un nuevo espécimen está ya en circulación, el empleado que hace que trabaja, y se la pasa leyendo y conversando. El ausente sobre todo los días lunes. El que permanece en sus quehaceres privados, provisto de un reposo médico. El funcionario de frecuentes viajes al exterior. Existe ya una anti-moral del trabajo. Trabaja quien quiere agradar al jefe. Trabaja el adulate. Trabaja el obsesivo, para quien el trabajo es una especie de droga. Trabaja sobre todo, y en cualquier tipo de trabajo, el extranjero, quien recibe en moneda fuerte mejor retribución que en su país de origen.

Muchos son los extranjeros que han ingresado al país como consecuencia del boom petrolero. El flujo de inmigrantes del área mediterránea no es hoy el más marcado. En los años del boom, las corrientes inmigratorias más fuertes proceden del área del Caribe (República Dominicana, Cuba y Antillas inglesas), del cono sur (Argentina, Chile y Uruguay) y de la zona andina (Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia).

Estos tres tipos de inmigración contribuyen a aportar nuevos elementos al carácter cosmopolita de las grandes ciudades. Aquí vamos a subrayar las consecuencias de la inmigración de los países andinos por ser homogénea, muy numerosa y haberse distribuido igualmente por todo el país, en las ciudades y en las zonas rurales.

En Venezuela, el centro político y económico del país está en la región central, determinada por una geografía de costa y de llanos. El hombre nómada y abierto, risueño y conservador, confiado, directo, dotado de franqueza y espontaneidad, es el que hasta el momento ha determinado la tipología de la región central histórica y económicamente importante. Los líderes militares y políticos andinos que han gobernado en este siglo, ignoraron su región de origen y se integraron como pudieron a la Venezue-

la llano-costera.

He aquí que existe una cuarta parte de la población formada por inmigrantes procedentes de países antropológicamente tan distantes como los Andes colombianos, ecuatorianos y peruanos. Esa población nueva, activa y diseminada por toda Venezuela, pesa cuantitativa y cualitativamente. Cuatro millones es proporcionalmente mucho en una nación de dieciséis millones de habitantes.

Los resultados de esta inmigración masiva son algunos de índole netamente social. En efecto las labores agrícolas y de pastoreo van pasando a manos de estos nuevos y decididos trabajadores de la tierra. El campesino venezolano se traslada, siguiendo a sus hijos, a las grandes ciudades. La fisonomía del agro venezolano perderá su tipicidad y tomará los rasgos de los nuevo colonos. En las fábricas, talleres y transporte se va abriendo paso esta nueva mano de obra, más diligente y dócil. Los empresarios de la siderúrgica en Guayana contratan masivamente mano de obra importada no calificada. Su única calificación es la de ser extranjeros conformes y dinámicos. El trabajador venezolano, indolente y superprotegido por los gremios, representa una mengua en el proceso de producción, y es así desplazado por otros que ofrecen sus fuerzas incondicionalmente en el mercado de trabajo. Quedan los servicios terciarios, las conserjerías, los servicios domésticos, los vigilantes, es decir todo lo exigente agobiante y escasamente recompensado. Ahora el venezolano rehuye estas ocupaciones que son ya coto reservado para los inmigrantes, quienes perpetúan modos arcaicos de servicio en una sociedad de nuevos ricos.

Los efectos de orden social pueden resumirse en acentuar el desplazamiento del campo a la ciudad, incrementar la actitud de rechazo al trabajo y finalmente consagrar la vanidad y novedosa arrogancia de quienes hasta hace poco no tuvieron nada y pueden ahora dispo-

ner de servidumbre. Existen, además otros efectos de orden tipológico, que van a repercutir en las actitudes fundamentales y en el comportamiento. Entré el hombre de la montaña y del llano-costa hay grandes disimilitudes. Estas ahora van a estar frente a frente, y la ambigüedad primero y el predominio posterior de alguna de ellas va a configurar la fisonomía humana de Venezuela. El hombre de la costa-llano es abierto, franco, directo, risueño, olvidadizo, dado al presente, optimista, expansivo, actual. El hombre de la montaña, en cambio, es cerrado, reservado, habla y mira de soslayo, melancólico, introvertido, compenetrado con el pasado, resentido, vengativo, astuto, simulador, de hablar exagerado, defensivo, ocultador, imprevisible, doblado. Como se ve, tipológicamente es el polo opuesto. Hasta ahora no hay enfrentamientos abiertos. Precisamente, el hombre de los Andes se afirma únicamente dentro de su propio habitat, en primer lugar su casa. En público, en la calle se propone y logra ser disimulado y pasar inadvertido. El que esta legión no se note es el fruto de su talante de simulación, cautela y encubrimiento. De esto ya hay antecedentes con lo ocurrido con los inmigrantes asiáticos y con los mismos andinos del Ande venezolano quienes en público actúan discretamente. ¿Qué pasará cuando sean mayoría? Venezuela perderá su similitud con el área del Caribe y será una prolongación de las montañas de la Costa del Pacífico. Benéfico o no para las estructuras regionales como la del Pacto Andino, este cambio tipológico representará una ruptura con el pasado cultural y demorará la solución del caso de la identidad nacional.

Un nuevo venezolano está surgiendo a consecuencia de este boom petrolero. Sus delineamientos no son muy claros y dejan entrever desplazamientos, sustituciones y el ingreso de nuevos y poderosos elementos difíciles de asimilar.

Los otros venezolanos

JEAN PIERRE WYSSENBACH

No los del facilismo. Sino los del difícilismo. O como decía Zapata, no los "tabarato", sino los "tacarísimo". No los de "Soy un delincuente". Sino los de "La empresa perdona un momento de locura".

Los que desde las tres de la madrugada tienen al mercado de Coche en

plena actividad. Donde descargan los camioneros del interior. Donde portugueses y criollos de los abastos compran la mercancía que van a llevar a sus negocios.

A las tres también madruga la señora María. Va para "El Nacional", "El Universal", "Últimas Noticias". Y como

ella tantos repartidores de periódicos en kioskos.

Temprano empieza a trabajar la señora Berta. Fríe las empanadas que venderá en El Silencio. Se lleva con ella sus muchachitos, para que la ayuden, porque no tiene a nadie con quien dejarlos.